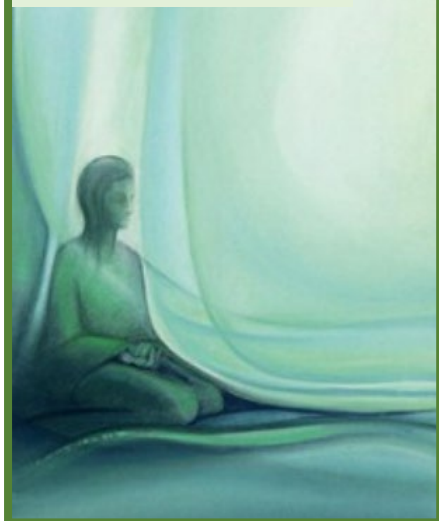


REFLEXIONES PARA EL 21º DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO 27 de agosto de 2023

El Monte ~ La Residencia en Littledale

"¿Quién dice la gente que es el Hijo del Hombre?" (Mt 16,13) - ésta es una de las dos preguntas clave de la Liturgia de la Palabra de hoy. Es una pregunta para nosotros personalmente, para nosotros en comunidad y para nuestra Iglesia en su camino sinodal. El relato del Evangelio de Mateo nos dice que para responder a la pregunta tenemos que ser conscientes del lugar, de la escucha contemplativa y de la conciencia personal.

Escuchar
Hermana Mary Stephen



Al formular la pregunta, Jesús parece poner a prueba a los discípulos. Pero yo me pregunto si Jesús se está dirigiendo realmente a su comunidad inmediata para que le ayude a comprender quién es en su ministerio, en su respuesta a la llamada del Dios que le había confirmado en su bautismo: "Este es mi Hijo, el Amado, en quien tengo complacencia" (Mt 3,17). Ahora se encuentra en un momento crítico de su ministerio, a medida que se acerca a su pasión, muerte y resurrección. La conversación con sus discípulos le ayudará a ser más fiel a la hora de vivir la confianza que el Padre ha depositado en él. Quiere saber qué dicen los demás sobre quién es él, pero sus preguntas van más allá.

Los discípulos responden a la pregunta de Jesús: "Unos dicen que Juan el Bautista, pero otros que Elías, y otros que Jeremías o alguno de los profetas" (Mt 16,14). Sus palabras ponen de relieve la convicción de la gente de que han experimentado a Jesús como uno más en la línea de los profetas -desde Elías a Jeremías y los demás profetas escritores hasta Juan el Bautista-. Al igual que estos profetas, Jesús ha desafiado a todos los que no caminan por el camino de Dios y les ha invitado al arrepentimiento, a la conversión y a la apertura a un cambio transformador del corazón - lo que las Escrituras llaman metanoia (μετάνοιᾱ), "Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado" (Mt 4,17; 11,20).

Pero Jesús hace a continuación una pregunta aún más profunda: "Pero vosotros, ¿quién decís que soy yo?" (Mt 16,15). De nuevo, percibimos que Jesús quiere saber realmente cómo le ven los discípulos que están tan cerca de él y, por tanto, fortalecerle en la vivencia de su vocación. Escucha contemplativo a Simón Pedro, que es el único lo bastante valiente para dar su respuesta: "Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo" (Mt 16,16).

Aunque el título "Dios vivo" se utiliza con frecuencia en el Antiguo Testamento y en las cartas del Nuevo Testamento, Mateo es el único escritor que emplea el título "Hijo del Dios vivo". Elizabeth Johnson csj nos ayuda a apreciar la profundidad de la descripción del "Dios vivo":

Quando entraron en alianza, el pueblo de Israel "oyó la voz del Dios vivo" que hablaba desde el fuego en el Sinaí (Dt 5:26) y conoció "al Dios vivo entre vosotros" cuando cruzaron a la tierra prometida (Jos 3:10). . . También los cristianos, incluidos ahora en la antigua promesa, comprenden que son "hijos del Dios vivo" (Rom 9:26) gracias al judío marginal Jesucristo, "el Hijo del Dios vivo" (Mt 16:16).

Vivo significa lo contrario de muerto. Un pozo que es vivo nunca se seca, sino que tiene agua que siempre brota y corre; su agua viva es fresca, viva que fluye. "Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo" (Sal 42,2), reza el salmista, estableciendo esta

relación. ... un sentido del Dios que está lleno de energía y espíritu, vivo con designios de liberación y sanación, siempre acercándose desde el futuro para hacer algo nuevo. El término "el Dios vivo" evoca la comprensión de que el Misterio divino es siempre más de lo que los seres humanos pueden concretar. Prepara a quienes lo utilizan para el asombro.

Esta descripción resulta aún más conmovedora cuando vemos cómo comienza esta historia en Mateo: "Jesús entró en el distrito de Cesarea de Filipo" (Mt 16:13). El lugar importa. En este distrito, que se encuentra al pie del monte Hermón en los Altos del Golán, encontramos un manantial llamado Banias que fluye con agua fresca que da vida y sustenta la vida. Tuve el privilegio de bañarme en el manantial de Banias y todavía puedo oír en mi memoria el sonido del agua viva que fluye.



La Fuente de Banias

El hecho de que Pedro nombrara a Jesús Hijo del Dios vivo con el burbujeante manantial de fondo recuerda a Jesús y a los discípulos las palabras del Salmo 42: "Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo". Elaine Wainwright nos recuerda la importancia de este lugar para la respuesta de Pedro a la pregunta de Jesús: "Es en la propia interacción de la comunidad humana en torno a Jesús (sus discípulos) en el hábitat por el que han transitado (el lugar de los manantiales de agua viva) donde Pedro ha llegado a su reconocimiento de la relación única e íntima de Jesús con la divinidad. Es en esos lugares y entre esas personas donde hoy llegaremos a un nuevo reconocimiento de Jesús para nuestro tiempo, un tiempo de profundas crisis ecológicas".

Los discípulos y Pedro han respondido a las preguntas de Jesús. Jesús ha escuchado sus respuestas, ha establecido sin duda la conexión con los profetas del Antiguo Testamento y las imágenes de Dios como Dios vivo, y probablemente pronuncia en voz alta las palabras iniciales del Salmo 42. Ahora se ve fortalecido en su voluntad de reconocer a Jesús como un Dios vivo. Ahora se siente fortalecido en su voluntad de convertirse en lo que está llamado a ser en un momento crucial de su ministerio. Jesús ha necesitado este tiempo de escucha contemplativa y discernimiento comunitario.

El Papa Francisco nos traslada personalmente este relato evangélico de hace dos mil años:

En Cesarea de Filipo, Jesús pregunta a sus discípulos: "¿Quién decís que soy yo?". ... Tuvieron que dar ese paso decisivo, de admirar a Jesús a imitar a Jesús. También hoy, el Señor nos mira a cada uno personalmente y nos pregunta: "¿Quién soy yo para vosotros?". Esta pregunta, dirigida a cada uno de nosotros, exige algo más que una respuesta rápida sacada directamente del catecismo. Exige una respuesta vital, personal. Esa respuesta nos renueva como discípulos.

Cómo respondes a la pregunta de Jesús: "¿Quién decís que soy yo?". Para cada uno, al igual que para Pedro, tu respuesta cambiará con el tiempo y en distintos lugares. ¿Cómo respondiste a la pregunta cuando fuiste consciente por primera vez de que eras cristiano? ¿Cómo respondiste la primera vez que ejerciste conscientemente tu ministerio en nombre de Jesús? ¿Cómo respondiste cuando murió alguien a quien amabas profundamente? ¿Cómo respondes hoy? Steve Garnaas-Holmes da una respuesta moderna a la pregunta:

Jesús es el mejor selfie de Dios, y el verdadero ADN de la humanidad.
Jesús es la gran superposición.
Jesús es la frágil esperanza de Dios suelta en el mundo,
la vulnerabilidad de Dios sobreviviendo entre nosotros,
la herida viva del Amado.
Jesús es el desgarró en el mundo a través del cual vemos a Dios,
cómo somos cuando dejamos que lo Divino arda en nosotros.
Jesús es el trozo vivo de amor con el que tropieza todo imperio,
el campesino que destroza el mundo,
la víctima que arruina nuestros juicios
y no nos deja más que misericordia.

Si estamos hechos a imagen de Dios, encontramos parte de la respuesta a nuestra pregunta cuando miramos a nuestro mejor yo. Me conmueve la respuesta del Hermano Lorenzo, que vivió en el siglo XVII:

Sólo Dios puede darse a conocer como realmente es. Pero nosotros seguimos buscando en la filosofía y en la ciencia, prefiriendo, al parecer, una pobre copia al original que Dios mismo pinta en el fondo de nuestras almas.

Demos ahora la vuelta a la cuestión. Qué pasaría si le hiciéramos a Dios esa pregunta sobre nosotros personalmente: "Dios, ¿quién dices que soy yo?". Mientras nos preparamos para el Sínodo, ¿qué haría Dios a la pregunta para nuestra Iglesia: "Dios, ¿quién dices que somos?"? La profesora y directora espiritual, Ruth Takiko West, reflexiona sobre cómo plantear a Dios estas preguntas:

Puesto que Jesús enseñó modelando, seguimos su ejemplo y preguntamos a Dios: "¿Quién dices que soy yo?". Porque somos la imago Dei (imagen de Dios), creo que Dios diría que somos Amados de Dios, temerosa y maravillosamente hechos. Es importante considerar lo que podemos saber sobre nosotros mismos y cómo interactuamos o respondemos de la manera en que lo hacemos, o lo que percibimos o creemos sobre nuestra propia fe, teología e identidad. Cuando nos esforzamos por vivir plenamente esta noción de amabilidad, debemos ser introspectivos y conscientes de nosotros mismos, descubriendo y descubriendo cuidadosamente nuestro yo más auténtico mientras permanecemos conectados con el Espíritu, utilizando los recursos de la oración y otras prácticas espirituales. Ésta es la base de nuestra espiritualidad.

Al mirarnos en el espejo y mirarnos unos a otros y a la Creación, una vez más nos preguntamos: "¿Quién dices que soy yo?". ¿Cómo podemos representar lo Santo en el mundo? ¿Cómo interactuamos entre nosotros y con la Creación? . . . Debemos ser conscientes de venerar lo sagrado en nuestro prójimo, de compartir nuestras historias sobre la bondad y la gracia de Dios, su compañía y su amor, con la esperanza de convertirnos en la comunidad que Dios ha querido.

Tómate un tiempo esta semana para sentarte con tu Dios y hacerle la pregunta: "¿Quién dices que soy yo?". Escucha en silencio y contemplativo la respuesta de Dios. Prepárate para el asombro cuando Dios venga del futuro para responderte.